

Sintiendo cuerpos, viviendo géneros
Feeling bodies, living genders
Sentir les corps, vivre les genres

REVISTA ESCONTAMINA

NOVIOLENCIA

Diciembre 2016 Vol. III n°2 ISSN: 2389-8569

Equipo



Revisión, edición y traducción

Priscyll Anctil Avoine

José Fabián Bolívar Durán

Diseño de la Revista

Yira Miranda Montero

Fotografías

Yuranis Miranda Montero

Julián Facundo Rinaudo

Juan S. Sánchez

©Corporación Descontamina 2016

Calle 70 A No. 06 - 03
www.descontamina.org
Contacto: corporacion@descontamina.org
ISSN: 2389-8569

índice

Editorial 4

Parir con amor 6

Maternar en la universidad como acto político 8

Soldados desnudos 10

Mi nombre es Silvia, pero en un futuro me llamaré Dylan 12

Mi "defecto" me hizo libre 15

Dificultades para llegar a ser verde 16

El día en que me conocí de verdad 18

Depurar 20

Sin titulo 22

Faire de la recherche féministe de terrain avec des groupes subalternes : Commentaires sur une recherche de terrain menée avec des femmes des favelas de Rio de Janeiro 23

Editorial

Priscyll Anctil Avoine*



"Our bodies inhabit the borderlands of the natural and the constructed, the marvelous and the mundane. Neither biological givens nor passive sites of inscription, they represent stunning political interventions, living canvases, and endlessly fascinating achievements in time and space"

-Karina Eileraas

"It can also become the occasion of situated acts of resistance, resilience, and confrontation with the matrices of dispossession, through appropriating the ownership of one's body from these oppressive matrices."

-Athena Athanasiou

En las actuales coyunturas en Colombia, es un gran desafío oponerse a los regímenes corporales establecidos; yo diría que, incluso, puede significar la puesta en peligro de la vida misma. Voces que deciden apartarse de este régimen, voces que se alzan en medio de las confrontaciones ideológicas, voces que gritan al cambio social. Vivimos en una época de reconfiguraciones políticas, donde el fin del conflicto armado con las FARC-EP, significará un decrecimiento seguro de ciertos tipos de violencia, mientras exacerbará o pondrá a la luz, violencias sistémicas, culturales y simbólicas que no hemos querido confrontar.

En esta edición, decidimos (re)visitar nuestras propias corporalidades, interrogarnos sobres nuestra propia constitución como seres humanos, y sobre todo, acerca de nuestras posibilidades corporales, nuestras resiliencias y nuestras formar de resistir a la heteronormatividad que busca certezas genéricas. Hemos querido devolver al cuerpo su importancia en nuestras vidas diarias; hemos buscado emprender un camino hacia la sistematización de nuestros sentires, apelando a las historias de vida. Algunas y algunos escriben aquí, por primera vez, una historia nunca narra, nunca contada, nunca escuchada.

Lejos de ser biológicamente establecidos y fijados en el tiempo y la materia, los cuerpos son quizá, la entidad más compleja que nos ofreció el "ser vivo/a". Sin embargo, hemos dejado de pensar el cuerpo, incluso, las sociedades de consumo en las cuales estamos viviendo, han contribuido a que olvidemos nuestras experiencias corporales; donde sufrimos, por qué reímos, cuando descansar. El cuerpo, no se concibe, como lo decía Merleau-Ponty, como nuestro "vehículo con el mundo", sino que avanza al ritmo de la modelización laboral, estética y moral, imponiendo normas que difícilmente se pueden subvertir. Con Descontamina, quisimos subvertir estas normas, siendo conscientes de que somos parte integrante de su construcción.

Somos partes de nuestra propia desposesión, de nuestra vulnerabilidad y de nuestra interdependencia. Queremos, con esta edición, invitar a una reflexión de fondo, sobre lo que significa ser y tener un cuerpo, y dónde podemos abrir intersticios de resistencia. Las voces presentadas en esta edición, son pluriversas; fantasías y realidades, deseos y vivencias. Son la ausencia y la presencia del cuerpo, siempre en lo político; son voces divergentes.

***Priscyll Anctil Avoine es socia fundadora de la Corporación Descontamina y es doctoranda en Ciencia política y Estudios feministas en la Université du Québec à Montréal (Montréal, Canada). Contacto:** priscyll.anctil@descontamina.org

Parir con amor

Por: Rachel Tillman*

Qué es un parto respetado? ¿Qué es un parto humanizado? ¿Qué es un parto amoroso?

¿Qué significaría *parir con amor*?

Aunque muchas mamás reciben a sus bebés con amor, a pocos partos podemos llamarlos verdaderamente "amorosos." ¿Qué significaría *parir con amor*, no solamente con el amor maternal en nuestros corazones, sino también rodeadas de amor en los lugares de nacimiento?

En América Latina se habla del parto "respetado" o del parto "humanizado." En los Estados Unidos y en otros países anglófonos, se habla del "parto natural." Cada uno de estos términos hace referencia a una verdad corporal, emocional, y natural de la mujer pariendo y del bebé naciendo que tenemos que respetar, hacer caso, y dejar fluir.

Desafortunadamente, en Colombia estamos todavía muy lejos de todos estos partos: respetados, humanizados, naturales. Tenemos partos muy intervenidos y una taza muy alta de cesáreas innecesarias. La medicina obstétrica está más orientada a los casos extremos y los peligros que hacia los embarazos y partos normales y sanos, a tal punto que el embarazo se ha vuelto una enfermedad más para manejar y el parto una urgencia médica.

El nacimiento es un momento absolutamente clave para cada ser humano, para la vida de todas las familias y sobre todo las mujeres, y para la sociedad. Yo parí en Colombia hace un año, y decidí parir en casa con una partera para poder vivir esa experiencia con tranquilidad, sin intervenciones innecesarias y acompañada por mi esposo y un equipo de mujeres formadas en atender partos en casa con amor y seguridad. Mi parto fue una experiencia totalmente transformadora. Me revolucionó muchos aspectos de mi vida y mi forma de entender y concebir el rol del parto en la construcción de una sociedad de paz aquí en Colombia y en el mundo entero.

El nacimiento es una experiencia que cada ser humano lleva dentro de nuestras células y nuestras memorias subterráneas. Como tal, debemos concebirlo como un momento absolutamente fundamental para mostrar a este ser que llegue todos los bienes materiales, culturales y biológicos que podemos alcanzar. En otras palabras, no es suficiente que el bebé sobreviva a su nacimiento. Tiene que ser un momento lleno de amor, de tranquilidad, de seguridad, de confort. Por eso necesitamos transformar radicalmente nuestras prácticas en las clínicas y otros lugares de nacimiento[1].

Los bebés necesitan partos con menor intervención. Cada intervención interrumpe el fluyo delicado de las hormonas y las otras señales biológicas que le ayudan a manejar los estresores fisiológicos del parto y a prepararse para la respiración fuera del útero. Cualquier intervención que se haga debe ser realmente necesaria, inclusive la cesárea. Una intervención que no es necesaria aumenta los riesgos y pone en peligro la salud del bebé. O sea, los tactos, la aplicación de la oxitocina sintética, el romper fuentes, el uso de fórceps y otras técnicas para afanar el parto de manera rutinaria y la cesárea programada de conveniencia son contraindicados por respeto a las necesidades fisiológicas del bebé. ¿Un vez que nace, qué importa a un bebé recién nacido? La conexión física con su mamá. No debemos separar ningún bebé sano de su mamá durante las primeras horas después de su nacimiento. Aunque el bebé recién nacido está en el proceso de separar físicamente de su mamá, aún sigue siendo muy conectado con ella física y psíquicamente. Ella, su cuerpo y su presencia, siguen siendo el entorno que el bebé necesita para sentirse seguro y para funcionar bien fisiológicamente. El estar en contacto piel con piel con el cuerpo de la mamá le permite regular su respiración, temperatura, y ritmo cardiaco. Todo procedimiento que se hace durante y después del parto tienen que cuidar y respetar este vínculo y estas necesidades biológicas y emocionales.

El nacimiento de su bebé también es una experiencia muy formativa para la mamá, y no solamente porque por fin puede conocer a su hijo o hija. El parto puede ser un momento muy transformador para una mujer consciente de y conectada con su cuerpo, su intuición, y su bebé. Puede ser un momento inolvidable de empoderamiento, compasión, y hasta magia. Desafortunadamente, nuestra forma de medicina obstétrica moderna paternalista impide a las mujeres tomar conciencia de nuestros procesos biológicos y nos hace creer que tenemos que rendirnos a las manos de otros para poder parir con seguridad. Las mamás parimos ignorantes, temerosas, adoloridas, y frecuentemente maltratadas y violentadas. Para vivir el parto como un momento de empoderamiento y transformación, necesitamos saber más sobre nuestros cuerpos, conocernos mejor, hacernos respetadas, educarnos y educar al otro, cuidarnos mejor en alma, espíritu y cuerpo, conocer nuestros derechos, hacernos conscientes de nuestras mismas.

Un parto seguro es un parto donde la mamá y su conexión con su bebé y su cuerpo son las protagonistas. Los obstetras no son los protagonistas del parto; las mamás y los bebés lo son. La mamá debe poder decidir su posición, si quiere o necesita caminar, sentarse, bailar, hacer cunclillas, acostarse. Ella debe poder decidir si quiere comer o tomar algo durante su trabajo de parto para renovar sus fuerzas. Ella debe poder escoger quien le acompaña en su trabajo de parto: su pareja, un familiar, una amiga, una doula (una mujer formada para acompañar a mamás en su preparto, trabajo de parto, y posparto), una partera, un médico. Ella debe poder reconocer y decidir cuando ha llegado el momento de pujar, y hacerlo en su manera (no estar sometida al pujo dirigido). En Colombia, dar a las mamás estas libertades en el trabajo de parto sería una revolución absoluta, porque aunque son las recomendaciones de la OMS para los partos normales que se establecieron en 2001, ninguna se respeta en casi ninguna clínica. El hecho de que en Colombia y en muchos otros países en el mundo las mujeres NO tienen estas libertades al momento de parir marca un sexismo médico institucionalizado muy fuerte.

El nacimiento no es un mero hecho médico, en el cual solamente importan la sobrevivencia y el bienestar fisiológico de la mamá y del bebé. El embarazo, el parto y el posparto son también momentos de una fuerte importancia emocional y psicológica en la vida familiar. Son momentos de una transformación, del establecimiento de nuevos vínculos, y de una vulnerabilidad muy profunda. No solamente los bebés que nacen sino también los papás y las familias que renacen en nuevas relaciones y roles. En mi ciudad en Colombia (Bucaramanga), en ninguna clínica puede una mamá llevar su pareja u otro ser amado con ella al momento de parir. Esta práctica excluye a las parejas y niega las necesidades emocionales de las mamás en los momento tal vez más vulnerables de sus vidas. Una mamá pariendo necesita poder relajarse totalmente, confiar en su entorno y en su cuerpo, aliarse y rendirse al poder de la vida que la atraviesa. Por eso necesita estar acompañada, necesita estar rodeada de puro amor, apoyo, y respeto. Como dijo la famosa partera Ina May Gaskin, "Si una mujer no parece una diosa en el trabajo de parto, es que alguien no la está tratando bien."

[1]Tillman, R. (5 de noviembre de 2016). Of births and beds: thinking spatially about obstetric violence. *Blog of IJFAB: the International Journal of Feminist Approaches to Bioethics.* [blog] Recuperado de http://www.ijfab.org/blog/of-births-and-beds-thinking-spatially-about-obstetric-violence/

Por eso parir con amor nos es solamente un asunto personal: no se trata simplemente de que cada mujer embarazada se despierte y tome consciencia de sus capacidades y sus intuiciones. Los nacimientos y los partos involucran a toda la sociedad. El parto debe ser el momento en que honramos a la mujer, a su capacidad de dar luz, en que la tratamos con amor absoluto. El amor tiene muchos aspectos: cortesía, compasión, ternura, apoyo, paciencia, generosidad, respeto. Todas son importantes y todos juegan un rol importante en la atención médica en el parto. Las mamás, sus parejas, y sus bebés necesitan contar con todos estos aspectos del amor en su preparación para el parto y para ser papá, así también como en el parto mismo y el periodo posparto y puerperio.

Necesitamos educar a nuestras niñas a conocer, amar y confiar en sus cuerpos, a vivir conectadas con ellos. Necesitamos formar nuestros profesionales de salud para dar un trato médico supremamente respetuoso y amoroso a las mamás pariendo y los bebé naciendo. Necesitamos respetar sus necesidades físicas, relacionales y emocionales, organizar nuestras clínicas y nuestras EPS (prestadoras de salud) y nuestros hábitos de atención médica para responder directamente y respetuosamente a estas necesidades. Necesitamos aprender de nuevo a respetar los tiempos, las intuiciones, las sensaciones, y los deseos de las mamás durante el embarazo, el parto y el posparto. Debemos hacer un gran esfuerzo para no asustarlas, ni negarlas, ni presionarlas, sino escucharlas, responder adecuadamente a sus inquietudes y dudas, y compartir con ellas mucha confianza en sus capacidades, juicio, y conocimiento. Hay que crear nuevos espacios de parto donde las familias pueden vivir el proceso del nacimiento con tranquilidad, intimidad, seguridad, privacidad y confort.

Así podemos asegurar que el momento de parir y nacer sea un momento de construcción de la paz en nuestra sociedad, la construcción de una #pazdesdeelútero como lo dicen nuestros amigos en la Fundación Camino Claro en Bucaramanga. Para saber más sobre el parto respetado, humanizado y amoroso, visiten mi blog, www.partorespetadoencolombia.wordpress.com, o síguenme en Instagram @parirconamor.

*Mamá y filósofa. PhD en Filosofía de Stony Brook University. **Contacto:** rachtill@gmail.com.



Maternar en la universidad como acto político

Por: Cindy Julexy Núñez Vargas*

El cuerpo de la mujer ha sido destinado culturalmente a cumplir papeles concretos, ya sea para el placer masculino, la gestación, reproducción, el cuidado o crianza de la especie humana. En el caso de la maternidad, tan ensalzada y sublimada por el arte y la literatura, está ligada a unos imaginarios sociales que nos obligan a ubicarnos y desempeñar el papel de siempre ser correctas, siempre intentar ser buenas madres. Salirse de ese parámetro, como lo es la búsqueda de realizaciones personales en lo laboral y profesional, implica encontrar una serie de obstáculos, que, en el peor de los casos, terminan arrinconando sueños que sean diferentes a las expectativas normalizadas.

En mi caso, la meta de profesionalizarme, se vio fracturada con el tiempo dedicado al maternaje. La experiencia con mi segundo hijo fue clave, la universidad daba un plazo corto para retomar estudios, si no lo hacía en el debido término podía quedar por fuera de la misma y perder dos años y medio de estudio. Con este panorama, decidí, recién separada del padre de mis hijos, con siete meses de embarazo y con un hijo de año y medio, arrancar nuevamente en la academia. No es fácil, nunca lo ha sido, llevaba 18 días de la segunda cesárea y con fular al pecho para portear a mi hijo, como cualquier mujer en alguna tribu ancestral, con pañalera y agenda en mano, retomé lo que sería para mí el viaje de la búsqueda de conciliación maternal y los estudios superiores.

Cuando algunas personas cuestionaban "amablemente" lo que hacía, yo contestaba que estaba en el derecho de traer al bebé conmigo, estaba cuidando la alimentación de él con la lactancia exclusiva, estaba cuidando mi salud mental, estaba siendo justa con mi segundo hijo para que gozara mis tetas, mi cuerpo, para responder a sus necesidades inmediatas como lo hice con su hermano mayor. Asistir a clases no podía ser impedimento para maternar con el deseo consciente e informado de hacerlo de la mejor manera que yo concebía. Al pasar los días por pasillos y salones, encontraba otras mujeres que también tenían bebés. Alguna compañera una mañana se acercó a mí y me dijo, como quien guarda un secreto cómplice, "yo también tengo un hijo, pero no lo puedo traer". Es real que las personas nos reproducimos en la universidad y que somos estudiantes atípicos, que estamos en desigualdad de condiciones y que el enfoque diferencial también aplica para estos casos.

Conocí estudiantes hombres que también cuidan en la universidad, con muchas dificultades, llevan hijo o hija a sus clases o se turnan con sus parejas la vigilancia de su prole; otros, adoptan el mandato social de género que conlleva alejarse de la crianza y vincularse laboralmente para proveer, en muchos casos, renunciando a la posibilidad de profesionalizarse.

Conciliar la crianza y el estudio

Así las cosas, la Universidad cobra un nuevo espacio de análisis acerca de la conciliación ya que el sistema productivo nos obliga a separar el trabajo y la crianza, las personas sirven en la medida que produzcan dinero, o no sirven. El cuidado y crianza dentro del modelo neoliberal, está encasillado como un trabajo de amor, filántropo, servil, que no devenga y que debe ser aislado al espacio privado. Ahora, pensarnos los salones, los auditorios, los laboratorios, pasillos, baños, canchas de la universidad, como lugares comunes para la infancia y la adultez es todo un reto. Desde el feminismo nos pensamos los espacios más cercanos, más humanizados, escuelas, colegios, hospitales, centros de salud, parques de fácil acceso y movilidad, donde podamos trabajar y en el caso de la universidad, podamos asistir a las clases, a los parciales y podamos también estar cerca de nuestros hijos e hijas.

Poder materializar este sueño, nos convocó a crear el "Colectivo La Tribu", criando y estudiando, movimiento estudiantil conformado por madres y padres vinculados en carreras de pregrado de la Universidad Industrial de Santander, que invita a hacernos corresponsables de la garantía de derechos de niñas y niños, buscando también el derecho a la educación de las personas que han asumido el rol parental.

El cuerpo y las decisiones como formas de protesta

Era 7 de febrero de 2014, nos estábamos conformando como Colectivo, se hizo una reunión en el pasillo de la facultad de ciencias humanas con nuestros hijos e hijas y un suceso me heló la sangre: mi hijo mayor (2 años y medio en ese momento) tenía un globo con helio amarrado en su muñeca, y un par de mujeres jóvenes pasaban por el lado de él. Una de ellas se enredó con la cuerda que sujetaba el globo, y para continuar caminando tiró duro del lazo que la unía por unos segundos al infante; logró desatarse dejando la cuerda tan apretada a la piel del niño, que en un gemido de dolor yo corrí a auxiliarlo. Un compañero que veía todo, le dijo algo así "oye, acabas de hacerle daño al niño" y ella responde: "la universidad no es para los niños".

En ese momento me quedó claro que debía utilizar mi cuerpo, mis lugares, mis decisiones para protestar contra la discriminación, contra el adultocentrismo, para incomodar, para recordarle a la gente "grande" que alguna vez fueron gente pequeña, cansona, con pataletas, que alguna vez lloraron porque mamá se alejó y gracias a los cuidados y a la crianza, son lo que son, así hoy sean una mierda. Mi protesta es para que la niñez y los cuidados sean parte del mundo productivo, se enlacen, se construyan como en una simbiosis y se produzca bienestar en las familias. Como colectivo, queremos tener a nuestras crías cerca mientras estudiamos, laboramos, nos divertimos, queremos que el cuidado sea un acto valorado en esta sociedad que solo le da valor a la acumulación y el poder, queremos que la maternidad y paternidad sea conciliable con los estudios superiores en la Universidad Industrial de Santander.

*Cindy Julexy Núñez Vargas. Estudiante, décimo semestre de Trabajo Social. Mujer, feminista, bisexual, asesora en lactancia materna, activista, madre de dos, etc, etc…
Contacto: cindynvargasts@gmail.com

©Fotografías Jorge Luis Pulido Moreno
Correo: pulidoid@gmail.com

Soldados desnudos

Por: José Fabián Bolívar Durán*

En 28 de junio de 1996 a las 7:30 de la mañana se inició mi proceso de reclutamiento al ejército de forma obligatoria. En esta época no tuve la conciencia y la fuerza para oponerme: era "lo que tocaba". La noche anterior había consumido una fuerte dosis de aguardiente por lo que en ese momento mi cabeza estallaba de dolor, mi boca estaba seca y mi pulso alterado. A lo anterior, se sumaba una mezclada y fuerte nostalgia que sentía como una estaca en el pecho por tres razones: estaba enamorado y temía que mi relación terminara, abandonaba transitoriamente la exquisita bohemia pamplonesa, y tenía miedo. No sabía lo que tendría que vivir.

Pasé esa primera mañana enguayabado y sin poder beber ni comer nada. Tenía esperanza de que algo sucediera y poder volver a casa, pero no; no fue así. A las 17:00 horas, ya en lenguaje militar, me pasaron al “peluco” como se le decía al peluquero para hacerme la respectiva “chuler”; ese horrible corte militar en el que solo la parte superior de la cabeza queda cubierta. Posteriormente recibí la dotación: una camisa, un pantalón y una gorra color habano, dos camisetas y dos enormes calzoncillos verdes, un par de pantuflas de caucho, una barra de jabón, una máquina de afeitar amarilla, una riata, unas botas, una tula y un plato metálico acompañado por una cuchara. Sobre las 19:00 horas, ya estaba uniformado. Yo, acostumbrado a la ropa interior que me compraba mi mamá y que me quedaba perfectamente ajustada, tuve que ponerme estos calzoncillos que por su enorme tamaño, hacían que mis testículos colgaran a la deriva y al ritmo que imponía la gravedad. Nunca olvidaré esa horrible sensación.

Cenamos arroz, lentejas y agua de panela, lavamos nuestros platos con la barra de jabón recibida, y fuimos llevados al alojamiento: un gran salón donde dormíamos los nuevos 64 soldados. Allí se nos indicaron la primeras instrucciones: todos perfectamente peluqueados, con los mismos calzoncillos, camisetas y las pantuflas de caucho, debíamos formar dentro del alojamiento esperando a que el comandante del Batallón viniera a impartirlas. Llegó, nos dio el saludo de bienvenida al “glorioso ejército nacional”, pensándose divertido compartió algunos chistes y, finalmente, indicó que desde ese momento teníamos que cumplir las órdenes de absolutamente todos los comandantes. Se retiró y nos dispusimos a descansar.



Pasé una noche de mierda. Pensaba en ella y mi cuerpo reaccionaba, pensaba en mi familia con nostalgia, pensaba en todo. Mi mente no paraba de pensar y todo mi cuerpo, cubierto con una manta muy delgada, frío y tenso, intentaba adaptarse a esta nueva vida. Al otro día, a las 04:30 horas, tuve que ducharme en un baño colectivo. Desnudo y sin estar acostumbrado a estar expuesto a otros cuerpos masculinos igualmente desnudos, los comandantes controlaban que nos limpiáramos bien. Sentía que mi intimidad, como nunca, se exponía no solo a la tropa sino a una verificación de los comandantes. Seguidamente debíamos afeitarnos, aunque, como en mi caso, en esa época solo saliera un pequeño y débil bigote.

Todos los días de los primeros tres meses fueron iguales. Aseo matutino en colectivo, órdenes, afeitada, arreglo de cama y limpieza del alojamiento, órdenes, excesivo ejercicio, órdenes. Yo, aunque era buen deportista, me negaba a seguir el ritmo impuesto y en ocasiones simplemente me tiraba al suelo fingiendo un desmayo, una torcedura de algún pie, lo que considerara necesario para no exponer mi cuerpo a este exigente ritmo. Al final, logré que un comandante, dados mis conocimientos de la época en sistemas y programas de cómputo, me encargara de algunas labores de oficina en el computador de su casa ubicaba justo afuera del Batallón.

A partir de este momento y al no tener tanto control y vigilancia, podía escaparme a tomar aguardiente con mi padre y amigos, a verla a ella, a comer con mi madre. Tomé confianza de esta incipiente libertad hasta que fui descubierto y perdí mis privilegios. De allí pasé a trabajar en el dispensario médico, donde ya no veía cuerpos masculinos desnudos a diario, sino otros cuerpos desmembrados, heridos, infectados, muertos.

En el momento que dejé de compartir la ducha colectiva me sentía más cómodo, debo admitirlo. Mis prejuicios, una educación pudorosa y recatada, mis propios miedos y mi percepción de la intimidad hacían que cada vez que tenía que ducharme en colectivo, experimentara innumerables incomodidades. Sin embargo, cuando fui trasladado a este lugar y podía tener una mayor intimidad, solo quería volver al espacio de vida; a los cuerpos desnudos que en su momento me habían incomodado, pero que ahora los interpretaba sólo como cuerpos vitales. En esta época los combates eran permanentes, y un día tuve que sujetar a unos de mis amigos mientras llegaba de un combate donde con su rostro activó una mina antipersonal. Tuve que ayudar a desnudarlo, a quitar trozos de su ropa impregnados en su cuerpo. Olor a sangre oxidada por la guerra, a pus, a pedazos de metal incrustados en la piel y a sudor mezclado con el odio del combatiente enemigo.

Un cuerpo herido que se acerca a la muerte exhala un olor que no puede describirse; las palabras son insuficientes para compartir esta sensación. Ese día, triste, temeroso, impactado, solo quería volver a las duchas de cuerpos desnudos que días atrás me incomodaban. Quería limpiar mi cuerpo de ese olor, de tanta sangre, y pus, y dolor, y miedo, y pólvora… El pudor por la masculinidad desnuda dejó de importarme, porque la desnudez , a partir de este momento, era el despojo de la vida misma, no de las prendas. Después de ver el cuerpo infectado y casi muerto de mi amigo, de cuidarlo e incluso limpiarlo, descubrí que mi masculinidad no reñía con un eventual contacto genital con otros hombres. La desnudez no era un obstáculo, pues era la vida misma y yo huía y quería huir de la muerte.

Desde allí volví a las duchas colectivas. Los soldados, con mayor confianza entre sí por las vivencias compartidas en los últimos meses, constantemente jugaban con sus cuerpos, se lavaban, se masturbaban, se deleitaban con la vida, y ese paisaje humano ya no me generaba nada. Solo vida: amor por la vida.

El día que llegué al ejército temía a muchas cosas. A las órdenes, a la violencia, a tener que matar, al hambre, a lo desconocido, pero cuando lo dimensiono en perspectiva, le temía principalmente a mi propio cuerpo y al cuerpo de otros hombres; a tener que exponerme a ellos, y que ellos se expusieran ante mi. Mis esquemas mentales, profundamente derivados de una educación seminarista, heteronormativa y patriarcal, me llevaban a pensar que esta exposición generaba riesgos contra mi propia masculinidad.

Hasta mis 18 años ver un pipí, como me acostumbré a llamar un pene, me resultaba amenazante para mi virilidad. Y esta amenaza se veía mucho más comprometida con tan solo pensar que algún día tuviera que tocar alguno. Y ese día llegó, cuando tuve que auxiliar a mi amigo.

Los cuerpos son vida, siempre vida. No sé qué sea la masculinidad, la sigo comprendiendo, viviendo y construyendo, pero lo que sí sé, es que no se pierde por el contacto o la exposición a otros cuerpos masculinos. En 28 de junio de 1996 a las 7:30 de la mañana pensaba muchas cosas y, entre estas, temía a lo desconocido. Y lo desconocido era yo mismo. Hoy, 08 de diciembre de 2016 a las nueve de la noche, recuerdo a mi amigo, deseo que esté bien y pienso que los cuerpos masculinos son un instrumento más para amar, no para combatir, ni matar, ni ser matados.

*José Fabián Bolívar Durán es socio fundador de la Corporación Descontamina y doctorando en Estudios internacionales de Paz, Conflictos y desarrollo (Universitat Jaume I, Castellón, España).
Contacto: josebolivar@descontamina.org

¡Mi nombre es Silvia, pero en un futuro me llamaré Dylan*

Mi historia comienza desde que puedo recordar las cosas, así que, volvamos unos años atrás, cuando tenía 5 años y viví mis primeros años escolares…

En esos momentos mi cuerpo no era una de mis preocupaciones, ya que me sentía bien conmigo. Yo y los demás niños nos sentíamos iguales, jugábamos juntos de todas las formas sin ningún problema: ya fuera con balones, con muñecas, al té, a la lleva. No nos preocupábamos por nada.

Eso fue en preescolar, pero cuando llegamos al primer curso de primaria todo empezó a cambiar. Los niños y las niñas empezaron a separar sus actividades, ya que los niños se aburrieron de jugar con muñecas, y al té; preferían juegos más dinámicos con balones, carros, trepar árboles y correr. Mientras que las niñas preferían hacer actividades más delicadas con sus muñecas y su cocinita, ya veían los juegos de los niños muy bastos para ellas. Yo, en cambio, me seguí relacionando con todos y jugaba aun de todas las formas sin ningún problema. Pero después de un tiempo me aburrí de jugar con las niñas, sus juegos ya no me divertían sin los niños y yo prefería estar y jugar con ellos, ya que sus juegos me parecían más divertidos. Además, empecé a aburrirme de usar faldas, vestidos y ropa ajustada, no me sentía muy cómoda: comencé a usar sudaderas y camisas más sueltas. Ya que así me sentía mejor.



Recuerdo que un día teníamos una obra de teatro donde debíamos disfrazarnos de indígenas y cuando fui con mi mamá a la tienda por el disfraz me dieron uno con falda pero, al ponérmelo, me sentí incómoda y pedí uno con pantalón; me sentí mucho mejor. Sin embargo la señora de la tienda me dijo que ese era para niño y que yo debía usar el de falda porque yo era una niña; yo le dije que no me interesaba y que iba a usar lo que me hiciera sentir mejor ya que el disfraz era para mí; mi mamá acepto mi decisión y compró el traje que elegí sin ningún problema. Pero al otro día en la obra de teatro me di cuenta que la señora "tenía razón", porque las niñas llevaban el traje con falda y los niños mi traje; mis amigas me preguntaron el porqué me había vestido así, a lo que les respondí que me sentía mejor, pero sé que para ellas yo estaba mal al no estar disfrazada con la misma falda que ellas.





En segundo primaria llegó la palabra “novios” a nosotros; mis amigos empezaron a ser novios de mis amigas y uno de ellos se fijó en mí y me dijo que quería ser mi novio porque le parecía muy bonita, pero yo le dije que no. Lo veía como un amigo y no sentía nada raro por él, no sabía que era lo que sentían mis amigas por ellos o ellos por ellas que yo no. Pasaron semanas y yo seguía sin sentir “eso”; un día me senté en el parque del colegio a descansar y ví a una de mis amigas, no sé que me paso pero... Me pareció muy bonita. Después de ese día solo quería verla y estar con ella; pensé que quizás eso era lo que sentían mis amigos por ellas. Pero nunca le dije nada: me avergoncé ya que supuse que era “extraño” al no ser igual.

Pasaron los años y empecé a sentirme diferente, me sentía incomoda al ver como mi cuerpo iba cambiando; y ver como poco a poco me convertía más en niña y yo no podía evitarlo, ver como mis pechos crecían y ya no poder ser como siempre. En ese momento, mi cuerpo empezó a ser una de mis más grandes preocupaciones ya que no era algo que pudiera elegir como la ropa, sino, tenía que asumirlo porque no había forma de detenerlo, no sabía qué hacer.

Después mi familia empezó a fijarse en mí y a meterse en mi vida; la familia de mi papá es muy conservadora en el sentido de lo que debe comprenderse como “hombre y mujer”. Mi papá se fastidia con mi forma de ser ya que siempre que trato de ser como quiero; él me dice que “deje la bobada” y no me toma enserio. Le fastidia verme vestida como niño y que le hable de lo que realmente quiero ser y en algunos casos, le doy pena. Al igual que a mis tíos y primos que siempre me presionan para que me deje crecer el cabello y usar ropa más femenina ya que dicen que parezco hombre y que estoy mal.

La familia de mi mamá es religiosa: para ellos yo soy el diablo encarnado, según ellos estoy en sectas las cuales me convirtieron en lo que soy ahora, que voy por mal camino, que soy la plaga del mundo y para ellos soy lo peor de lo peor. Mi mamá todos estos años me ha apoyado pero aún así no confiaba mucho en mí, creía que no sabía lo que quiero… Pero siempre lo he sabido. Mi hermana es la única que desde siempre me ha apoyado y aceptado como soy, pero mi hermano no, el todo el tiempo me critica e insulta por mi elección de género.

Todos estos años he vivido sin ser como realmente quiero, sino satisfaciendo a los demás, pero ¿importa más la felicidad de los demás sobre mi propia felicidad? Pues eso creía, pero me cansé de mentirme, porque me cansé de fingir ser algo que no soy para no avergonzar o incomodar a mi familia o a los demás. Lo que me importa ahora es sentirme bien y feliz.

Hoy tengo 20 años y decidí mi felicidad sobre la de los demás y estaré con las personas que quieran estar conmigo o sin nadie más que yo, me cambiaré el nombre, me operaré e inyectaré para tener el cuerpo y la vida que siempre he querido tener; ya perdí amigos, a mi pareja y quizás en el futuro a familiares, porque no están de acuerdo con mi decisión. Al final de este año 2016 espero poder ser Dylan y empezar una nueva vida en la que lo único que importa es mi felicidad.



*Estudiante de Arquitectura de la Universidad Santo Tomás de Bucaramanga y practicante de la música y pintura.
Contacto: mipacurris@hotmail.com

Mi "defecto" me hizo libre

Por: Monica Bachué*



El 16 de agosto de 1981, fue mi bienvenida al planeta tierra. Otro ser entraba a formar parte de la raza humana. Fui identificada como "persona" según la legislación civil, género femenino según los parámetros de clasificación, y se me etiquetó como "humano con **defecto de nacimiento**".

Durante todo mi desarrollo físico y social se me subclasificó en diferentes grupos, pero una vez más el menú principal es el que cuenta, así que cada clasificación terminaba con "la niña del problemita en la cara".

¿Qué diferencia existe entre una niña con un problemita y un niño con un problemita? Entiendo que muchos se sentirán un poco extraño al tratar de responder, por aquello del "problemita", pero no tengo duda de que curiosamente todos responderían que no existe ninguna diferencia. Pero cuál sería su respuesta si le preguntara, ¿qué diferencia existe entre un niño y una niña?

Nosotros, los etiquetados como "defectuosos" entendemos por alguna razón la vida sin géneros o clasificaciones. Hace algunos años llegué a concluir que la única razón de nuestro entendimiento es porque nunca se espera nada de nosotros como hombres o como mujeres. Ese nivel de "lástima" que le producimos a la sociedad nos libera de los condicionamientos y nos permite evolucionar libremente sin ningún tipo de expectativa, a tal punto que en la mayoría de los casos terminamos siendo ejemplos de "superación" para los demás.

¿Curioso no? Pero aún más curioso resulta saber por qué la gente no entiende ni se entiende. Mi proceso de autoentendimiento inició al tratar por última vez de ser "mujer". Las 13 cirugías reconstructivas en mi cara no me ayudaban a pasar el test de cánones de belleza, así que decidí irme con toda a ponerle la cara a los que hacen los cánones de belleza a ver con que me salían. Llegué a la industria de la moda, me enfrenté a todos mis miedos y construí una vida, una carrera y un hogar en ella.

Entendí que solo estando en el origen del problema, también se pueden dar origen a las soluciones.

Hoy, en medio de una industria a la que se le tilda de ser la culpable de todos los problemas de autoestima, yo soy aceptada físicamente por la exquisitez de mi belleza. Soy acogida por esa persistencia y ganas de siempre seguir adelante y ante todo soy respetada y entendida por haber tenido la tenacidad decirle NO a las imposiciones sociales, por desvincularme de las clasificaciones de géneros, razas, ideologías políticas y poder tener una mente lista para recibir cualquier tipo de información y convertirla en diseño.

No espero que este escrito los motive a nada, pero sí a que se pregunten qué tipo de ser humano serían si no tuviesen que ser hombre o mujer, si no tuviesen que pertenecer a ninguna ideología política, si no tuviesen que ser de ninguna raza. A veces la libertad simplemente se conquista, y aunque infortunadamente la mayoria de ustedes no nacieron defectuosos y por ende libres como nosotros, los invito a que luchen porque vivir de este lado de la barrera y se unan a este gran viaje que es vivir la humanidad sin géneros ni condicionamientos.

* Abogada Especialista en Transporte Internacional. Diseñadora de Modas especializada en Tejidos de punto en el *Fashion Institute of Design and Merchandising* (FIDM) de Los Angeles. **Contacto:** monica@velazca.com

Las Dificultades para llegar a ser Verde

Por: Fidel Riveros

Soy Fidel Riveros y desde hace más de tres años me entró la curiosidad de tinturarme el cabello, y sólo hasta hace dos semanas lo hice. Fue un tiempo bastante largo en el cuál pensé en el tono del cabello, el lugar en donde me lo iba a hacer y los cuidados que debía tener. Sin embargo, siempre hubo un obstáculo que me impidió hacerlo... La sociedad (o mi preocupación a lo que la sociedad pensara).

Mi miedo fue grande: cada vez que reunía el dinero para tinturarme e iba a la peluquería, pasaba de largo y no lo hacía. Todos los días había una excusa para no hacerlo. A pesar de que siempre he creído que el género no tiene un parámetro o condición, me resultaba complicado cambiar de apariencia no tanto por lo que los demás dijeran sino por las limitaciones sociales que esto me traería.

Después de una lucha interna en mi cabeza sobre el tema y sumándole las ganas que tenía de hacerlo y el terror a arrepentirme en un futuro por nunca haberlo hecho, tomé la decisión de realizarlo y basar mi cambio en lo que yo considero que es "ser hombre" y básicamente, para mí, no existe ninguna regla que determine mi comportamiento y mi aspecto y, que depende de mí y sólo de mí mismo, hacerlo normativo al actuar "normal" con un aspecto atípico.

En los últimos días las críticas han sido varias, pero las negativas son las que no se han hecho esperar. En Bucaramanga es poco común que un hombre se tinture el pelo y mucho más cuando el color es verde. La gente cree tener el derecho de acercarse y decirte cosas como "Miren la locota", "Ay, tan marica", "Juepucha, nos invaden los extra-terrestres" o simplemente mirarte de manera despectiva o burlesca.

Muchos creen tener este derecho ya que piensan que todo lo que se sale de su margen de realidad a lo que ya estaban acostumbrados antena contra su integridad y su cultura y por esta razón deciden atacarlo sin medir sus palabras o acciones. Muchas de las frases anteriores las he tenido que soportar pero hay algo que estas personas les molesta aún más y es que cuando ignoras sus palabras se enfurecen, es como si esperaran una reacción o una respuesta determinada que llene aún más su ego.

Es por eso, que he decidido ignorar o hacer caso omiso a los comentarios negativos que he recibido y actuar como si fuera la persona más normal del mundo (porque lo soy, no soy un espécimen) ya que creo firmemente que actuando con "normalidad" con lo que eres o llevas puesto la gente lo verá como tal o en últimas se cansara de atacarte.



Y aunque no se nota en estos momentos, creo que hacer este tipo de cosas que se salen de lo establecido según tu género, abre la posibilidad a quienes sienten o tienen ganas de ser o comportarse de una manera diferente, lo hagan. Hay que hacernos más visibles, no tener miedo y llevar el rostro siempre en alto para poder romper los estigmas sociales y crear un ambiente más diverso que acepte respetuosamente las diferencias.

*Tengo 19 años. Nací en Barrancabermeja pero crecí en Bogotá bajo el techo de mi abuela materna, desde que tengo uso de razón ella fue para mí una madre y un padre a la vez, no tengo mucho que contar, básicamente ella fue mi biografía, mi vida. Desde hace un año y medio aproximadamente estoy viviendo en Bucaramanga y estoy estudiando Comunicación Social. Soy aficionado a la fotografía y a las artes visuales, me gusta leer novelas contemporáneas, sobre todo las de temáticas con drama y me encantan los idiomas, *de fait, je parle trop bien le français.* **Contacto:** fr fr-2@hotmail.es

©Fotografía: Felipe Carreño Mantilla.

El día en que me conocí de verdad

Por: María Paula Contreras Sánchez*

Nací "mujer". Mi nombre corresponde al de una mujer, la primera muda de ropa que me pusieron mis padres era "para niña", los juguetes que me compraban eran muñecas, me abrieron dos huecos en las orejas para ponerme aretes, me decían que me sentara con las piernas cerradas y que caminara derecha. Todo marchaba a la perfección, al parecer cumplía con la representación[1] de una mujer. Sin embargo, el camino se fue complicando a medida que crecía: las muñecas, los juegos de cocina, las faldas rosadas, entre otros artefactos de características "femeninas", empezaron a generarme cierta incomodidad. De repente quería salir a jugar fútbol con los niños del vecindario, quería tener carros de juguete, me gustaba la lucha libre y anhelaba ser soldado; quería, según lo que había aprendido en mi entorno, "dejar de ser mujer". En los tiempos de mi infancia acepté esa supuesta realidad categórica con valentía: sí, jugaba a "ser niño". No me importaba lo que pensara la gente, mis preocupaciones eran mínimas y era muy feliz.

A medida que fui creciendo las sentencias condenatorias no se hicieron esperar: "vístase como una niña", "siéntese bien", "las niñas no andan tiradas en el suelo jugando trompo", "las niñas no juegan a la lucha libre", entre otras órdenes que iban intimidándome más y más mientras llegaba a esa oscura edad por la que todas debemos pasar: "los quinces". Empezó entonces la etapa de autocensura, la etapa de la limitación. *"Las clasificaciones de género entre hombre y mujer imponen un sistema limitante[2]"*, por ello, a falta de más alternativas, contra el repudio social preferí coartar mis instintos empecé actuar "como mujer". Fue un papel no mal representado, debo admitirlo: siempre he tenido aptitud para el teatro y ésta sí que era una obra importante. Había crecido en el entorno menos propicio para el desarrollo de personas como yo: Pamplona, pueblo bonito, Ciudad Mitrada, valle de las mieles del pan y la neblina, se había convertido en una cárcel infranqueable a medida que mis complejos eran alimentados por estereotipos que yo misma naturalizaba. Cambié por completo mi modo de vestir, decidí soltarme el cabello y dejármelo crecer hasta la cintura, dejé de frecuentar mis amigos, terminé con los divertidos partidos de fútbol, saqué del armario mis prendas preferidas y, como en un acto de compensación, me encerré en él durante toda la adolescencia. Ya no eran mis camisetas las que estaban en el guardarropas, era yo.

Esa persona que todos veían caminando por las calles era, sin lugar a dudas, la peor versión de mí. Pero si esa versión me agobiaba todos los días del año, a mi familia le encantaba. Por fin la niña se estaba volviendo una señorita, el pequeño retoño había florecido para enseñar al mundo su belleza, su delicadeza, su talento, su figura y feminidad. Ya no era la de antes, esa era un descuido, una falta de aseo y finura, un error corregido hasta el cansancio y olvidado para siempre. Ésta, la nueva, sí que prometía ser bella, pero más que eso, prometía ser deseada.

Así, *de taquito*, mataron dos pájaros de un tiro: si yo prometía ser deseada por sujetos identificados como "hombres", ese gusto, naturalmente, debía ser recíproco. En un abrir y cerrar de ojos, además de imponerme la manera de vestir y actuar, me indicaron qué (o quién) debía gustarme.

La actuación no salió mal, a pesar de sentirme agobiada por mi natural manera de ser, cada mañana era un nuevo escenario, cada conversación un nuevo diálogo y cada persona un nuevo director. Por aquellos años tenía la ingenua creencia de ser la única persona en la ciudad con *ese* "problema", no entendía cómo podía haber nacido *así*, tan "anormal", tan diferente y tan desgraciada. Todos se comportaban como "debían" hacerlo, y yo, aunque hacía mi mayor esfuerzo, sufría día a día con tan macabro reto. El mayor inconveniente era que ni ensayándolo mil veces podía representar a una mujer. No, yo quería sentarme con las piernas medianamente abiertas porque cerrarlas me parecía incómodo, quería utilizar ropa holgada porque los pantalones ajustados y los *leggins* me hacían sentir fatal, odiaba los escotes; quería usar camisetas hasta el cuello para ser dueña de mi piel.



Como es natural, la peor versión de mí comenzó a buscar soluciones esperanzadoras e inútiles. El problema era yo, la gente normal vivía su vida tranquila mientras yo batallaba conmigo misma cada mañana. Me inventé mil y un teorías: "con la menarquía se me pasará, me volveré señorita", después de la menarquía, "seguro después de los quince va a gustarme este rol, es cuestión de adaptación", y después de los quince, "cuando me vaya a la universidad, seguro". Los años pasaron, los tiempos empezaron a hacerse más difíciles, entré a la universidad y, ¿adivinen qué? ¡Nada, absolutamente nada pasó! Ni me volví señorita, ni me gustaron las faldas ni me apasionaron los tacones. La niña se volvió una adulta y nunca dejó de sentir como sentía, tampoco dejó de caminar como caminaba. ni de soñar lo que soñaba. Solo había una diferencia, una única pero muy potente diferencia: la adulta sí se aceptaba como era.

Al sol de hoy, un poco más delgada y con otros asuntos en qué pensar, miro hacia atrás con nostalgia y pienso que quizás la cosas debieron ser así para forjar la persona que soy en este momento. Analizo con mayor claridad los esquemas sociales que me aprisionaron en aquella época, los evalúo con serenidad, entiendo las dinámicas que los forjaron y hago mi mayor esfuerzo por no reproducirlos. Me es difícil, claro, la heteronormatividad aún tiene lugar en mí, aún sigo esperando comportamientos "predecibles" en las personas, sigo asignando gustos genéricos, continúo clasificando multitudes y aniquilando diversidades. La diferencia está en que ahora soy consciente de ello, ya no le echo la culpa a esa pequeña niña que prefería los carros de juguete a las muñecas, ni a esa que se acercaba a mostrador de hombres y no al de mujeres en las tiendas de ropa. No, la culpa es del sistema, la culpa la tienen los estereotipos que hicieron que mis papás compraran la patineta rosada cuando la que me hubiese gustado tener era la negra con llamas doradas, la culpa la tienen las series de televisión con sus incontables héroes y damiselas.



Todo este monólogo tiene como propósito enviar un mensaje de desinhibición: en cada ciudad y en cada pueblo hay personas que no pueden ser lo que son por miedo a no ser aceptadas, pero peor aún, algunas de esas personas siguen pensando ingenuamente, tal como yo pensaba cuando era niña, que están solas en el mundo, que son un error de la naturaleza y que tarde o temprano se van a "curar". Quiero decirle a esas personas que, después de tanto luchar, entendí que ningún ser humano nació "contra natura", ¡la diversidad hace parte de nuestra naturaleza! Somos únicos e irrepetibles y debemos representarnos a nosotros mismos con orgullo. Ya no soy la misma de antes, no me siento cómoda con la palabra "mujer" ni con la palabra "hombre". Ninguna denominación me satisface, siento que no encajo en los moldes que se me presentan a diario y que solo el mío es capaz de describirme. Tal vez las únicas palabras que podrían referenciarme en este momento son las que componen mi nombre, pero esas también se quedan cortas. Debo admitirlo: no sé *qué* soy, no sé *qué* he sido ni *qué* seré, solo trato de ser "yo" (sea lo que sea que eso signifique), y eso, señoras y señores, ¡sencillamente me encanta!

*María Paula es estudiante de derecho en la Universidad de Los Andes. **Contacto:** mp.contreras10@gmail.com.

[1]"En este texto la representación se refiere a una idea o imagen que nos parece concreta y con la que podemos tener un tipo de relación sensorial. Esta idea o imagen se representa con palabras y símbolos singulares o con una serie de palabras y símbolos conjuntos" – Chloe Rutter – Jensen. En este caso, la representación de mujer, la "idea o imagen" que se tiene de ella, corresponde al de una persona delicada que usa color rosado, que en algún momento de su vida va a ser madre, que usa aretes, que se sienta con las piernas cerradas (o cruzadas), entre otras características

[2]Chloe Ruter-Hensen

Depurar

Por: Yira Miranda

"Tuve al mejor de los amigos, eso es lo que quiero pensar. Ilusa. Era único. Y aunque se marchó, él me dejó su alma en una palabra, en el hermoso sonido, en la música"

Me gustan los cuerpos, -eso fue lo que me dijo para motivar más mi interés por conocer mi propio cuerpo, por detallarme, mirarme, sentirme, profundizar en mí. No es fácil decir que éste es mi territorio y que por medio de él expreso mis sentires y vivo todo lo que considero mío. Sin embargo, en medio de los juegos que evoca el erotismo, una empieza a pensarse toda; sí, ahí donde todo el mundo dice que no se puede pensar. Ahí, yo escribo, canto, bailo, pinto. El arte siempre ha sido la mejor manera.

Muchas veces, cuando otro señala o interpela nuestros cuerpos es que percibimos el impacto de nuestra presencia ante los demás. Y como es con los otros y otras llenos de experiencias y buscadores de las mismas que nos constituimos, es allí donde nos emociona conocernos; al emocionarnos, aprendemos. Hacemos performance, creamos y de forma sutil tocamos cuerpos y esencias que producirían más vida que buenas canciones. Empero, considero que en la cotidianidad muy pocas veces tenemos la iniciativa de explorarnos, menos de expresarnos; siempre es el mundo el que decide qué podemos hacer, cómo, cuándo e incluso con quién a la hora de conocer nuestro cuerpo o desconocernos. Por eso muchas de las expresiones artísticas están cargadas de lo que no puede o debe decirse.

En respuesta a eso, muchos cuerpos deciden resistir, y ahí se encuentra el mío. En ocasiones pasando por etapas de experimentación que terminan haciéndome más sabia, desaprendiendo y aprendiendo hasta las formas de relacionarme con otros y otras. Lo que hago con mi cuerpo se convierte en formas de expresión y vivencia de sentir casi diario o momentáneo de lo que considero, soy. Aunque en ocasiones exclamo como lo hizo *Franz Fanon* en alguna oportunidad*: ¡Oh, cuerpo mío, haz siempre de mí… [alguien] que interroga!* La mayoría de esas veces son los demás los que preguntan. Pero cómo negarlo, si el cuerpo es discurso, a veces habla por sí solo; es símbolo, medio, referente, doliente y viviente. Las corporalidades con todo y sus detalles (olores, placeres, sabores, colores, tamaños, etc.) son la impronta en sí mismas de cada ser y eso provoca interrogantes.



Vivo con una pregunta diaria para salir al mundo: ¿Cómo me siento hoy? Debo decir que hay días en que mi cuerpo se viste solo en coherencia a ese sentir. Sé que no es exclusivamente cuestión de sentires, sé que biológicamente muchos procesos hormonales se dan para poder expresar detalles en la corporalidad. Sé y entiendo que nuestra sexualidad no debería estar definida por patrones culturales, pero comprendo que en su violencia son los que más pesan gracias a procesos de colonialidad de género que, imponen una normatividad a los comportamientos o expresiones corporales. Así se suprime la diversidad del cuerpo para encerrarse en las dicotomías del mundo social.

Luego de entender esto en la vida cotidiana, llego a casa y en lo silente de mi único espacio siempre me cuestiono antes de dormir ¿Sí como seres humanos sabemos de lo vulnerable y hasta frágil que son nuestros cuerpos como los contenedores de nuestras vidas, por qué seguimos dañando y destruyendo la integridad de los demás? ¿Cómo podremos cambiar ésta realidad tan egoísta y cruel, si no es con amor, amistad, lealtad y creatividad? Pero ¿Cómo aprenderemos eso? Sinceramente, debo decir que cada día lo intento una y otra vez, incluso hasta el cansancio. Sin embargo, cuando eso sucede y mi propio cuerpo se agota, una vez más aparecen personas que con el arte me dan un aliento de vida para continuar**.

*Estudiante de decimo semestre de Trabajo Social. Investigadora Grupo Ahimsa. Contacto: yira.miranda@descontamina.org

**Este texto va dedicado a los artistas. A aquellos que vuelven tangibles, audibles o visibles sus emociones, sus experiencias y la belleza del mundo en igualdad que sueñan. Sólo deseo que puedan hacer de este un lugar en el que amar sea la vida misma.

Sin título

Por: Sergio Ramos Reyes*

Suenan unas trompetas anunciando un descubrimiento, nada nuevo, pero no deja de resultar interesante. Sobre todo para los demás. Quieren (queremos) tener alguna claridad. No nos gustan las ambigüedades, nada dudoso: hombre, mujer; heterosexual, homosexual. ¿Quién soy? ¿Cómo espero que me vean los demás? ¿Cómo veo a los demás? Las palabras son ganchos que nos permiten disecar, retener a los otros. Necesitamos el lenguaje –dice Adrienne Rich- el lenguaje del opresor, no hay otro. Resulta el modo más fácil, el acordado hace demasiado tiempo, para comunicarnos. Supongo que para otras personas (quienes no me conocen especialmente) soy un hombre. Me subo a un bus y no puedo evitar estrellarme con quienes muy probablemente se definen como mujeres. Se esfuerzan en crear un espacio entre ellas y yo. Yo hago lo mismo, no me apetece tocarlas pero el transporte público va demasiado lleno. Nos chocamos unos con otros, con el vaivén es inevitable, insoportable, somos pedazos de carne, cuerpos chocando, odiándose porque se tocan y no toleran ser tocados. Yo tampoco tolero que esas mujeres no se sujeten bien a las barras, pues caen sobre mí. Pero les han inculcado comportarse delicadamente aún en las situaciones más incómodas. Algunas jóvenes no le cederían el asiento a una mujer mayor para conservar su delicadeza, su *feminidad.* ¿Qué pierden? ¿El ser mujer? ¿Lo que se supone que es ser una mujer? Pero si la mujer –según Monique Wittig- no es más que un invento del hombre. Palabras, palabras, todas inventadas por *el hombre*.

Por otra parte tolero, deseo, que hombres jóvenes, fuertes, se acerquen a mí. Los deseo, les temo (¿Qué haría alguno si descubre que me acerco furtivamente para sentir un poco de su fuerza, un poco de su olor, para captar con mayor fidelidad su rostro, su mirada?). Algunos refuerzan su masculinidad siendo indiferentes, no ceden su lugar, no admiten ninguna manifestación de debilidad. Quizá alguno como muestra de caballerosidad ceda su puesto a una mujer, a una mujer mayor. Quizá.

¿Cómo apresarlos? Apresarlos. ¿Cómo? El lenguaje fluye mientras somos transportados a un lugar determinado de la ciudad. ¿Quién soy? ¿Cómo debo comportarme? He dicho –les digo a los demás en un intento de compresión: soy hombre, soy homosexual. Pero si soy honesto, la palabra *hombre* me asquea, me hace pensar en los seres que no admiten ninguna delicadeza de mi parte, que no toleran que me bese con otro hombre, que desean ejercer el poder por medio de la humillación, la dominación o la burla, seres que asesinan mujeres impunemente. Mi *patria* no es la hombría, detesto la masculinidad porque he sido múltiples veces ofendido en nombre de esa palabra. Pero a la vez me excita la masculinidad, los hombres masculinos. A veces pienso que *quiero* ser una mujer y recuerdo lo que escribió Sylvia Plath: toda mujer ama a un fascista. Sí, amamos ser dominados porque nos sentimos protegidos, resulta más fácil no pensar, adaptarse a la campana de cristal que nos rodea, adormecernos en los brazos fuertes de alguna *bestia rubia.*

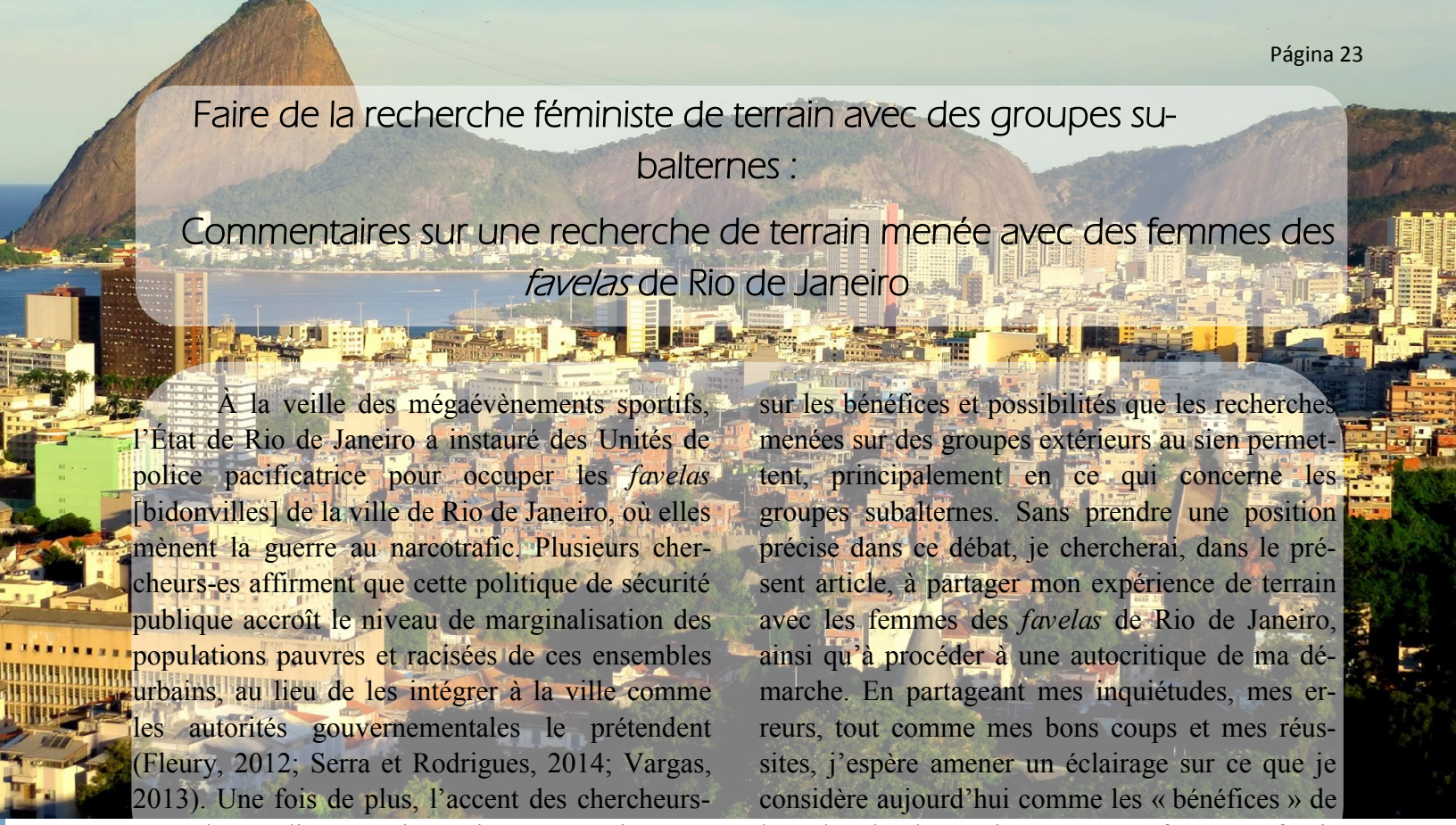
¡Oh, Santa Ambigüedad, socórreme!

No nos gusta la ambigüedad, lo que se encuentra en la penumbra, no podemos definirlo, no podemos apresarlo en nuestras mentes. A veces pienso que quiero ser una mujer… ¿qué me lo impide? ¿Los centímetros de más entre mis piernas? ¿El qué dirán mi madre, mi padre, mis hermanos? ¿Que para otros hombres resulte menos atractivo? ¿Qué? Mil veces ¿qué, cómo?

Mientras tanto me desangro en un mar de tinta.

No hay respuesta. No soy hombre, ni mujer, ni trans, ni homosexual… ¿Queer? Quizá. No hay palabras. ¿Importa mucho nombrarme, si bien ya lo he hecho? ¿Este cuerpo debe ser nombrado? Quisiera que permaneciera impoluto, como una página blanca en la que nadie quiere escribir. Pero si le interesa tanto, hágalo si así lo desea, estimado público. Ya hay demasiadas palabras en mi vida.

*Licenciado en ciencias sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Lector apasionado de literatura feminista, alemana e inglesa. *Mi Pelo es arisco como el Erizo del Castaño - y mis ojos, como el Jerez en la Copa, que el Convidado deja.* **Contacto**: zarathustra7979@hotmail.com



Faire de la recherche féministe de terrain avec des groupes subalternes :

Commentaires sur une recherche de terrain menée avec des femmes des *favelas* de Rio de Janeiro

À la veille des mégaévènements sportifs, l'État de Rio de Janeiro a instauré des Unités de police pacificatrice pour occuper les *favelas* [bidonvilles] de la ville de Rio de Janeiro, où elles mènent la guerre au narcotrafic. Plusieurs chercheurs-es affirment que cette politique de sécurité publique accroît le niveau de marginalisation des populations pauvres et racisées de ces ensembles urbains, au lieu de les intégrer à la ville comme les autorités gouvernementales le prétendent (Fleury, 2012; Serra et Rodrigues, 2014; Vargas, 2013). Une fois de plus, l'accent des chercheurs-es et des médias est mis sur les protagonistes armés de la violence urbaine (Wilding, 2010) – c'est-à-dire les hommes, qui sont policiers ou trafiquants —, et aucun questionnement n'est effectué quant à l'impact de ce programme sur les femmes. En me basant sur l'idée de consubstantialité des rapports sociaux proposée par Danièle Kergoat (2009) j'ai tenté de démontrer la pertinence d'intégrer les femmes dans les recherches effectuées sur la violence policière, et plus précisément sur la nécessité de visibiliser les expériences des femmes par rapport à l'occupation de leurs quartiers par une police dite « pacificatrice ». Pour se faire, j'ai mené une recherche de terrain à Rio de Janeiro qui s'est échelonnée sur près de cinq mois lors de laquelle j'ai effectué des entrevues, un « focus group » ainsi que des observations participantes avec des femmes résidentes des *favelas.* Alors que depuis de nombreuses années plusieurs féministes se sont penchées sur les méthodologies à adopter pour faire une recherche la plus respectueuse possible (Tilley, 2016), la plus exempte d'exploitation et d'attitude dominante et la plus près possible de la perspective des personnes sur/avec qui la recherche est menée (Reinharz, 1992; Sprague, 2005), les féministes ne s'entendent toujours pas sur les bénéfices et possibilités que les recherches menées sur des groupes extérieurs au sien permettent, principalement en ce qui concerne les groupes subalternes. Sans prendre une position précise dans ce débat, je chercherai, dans le présent article, à partager mon expérience de terrain avec les femmes des *favelas* de Rio de Janeiro, ainsi qu'à procéder à une autocritique de ma démarche. En partageant mes inquiétudes, mes erreurs, tout comme mes bons coups et mes réussites, j'espère amener un éclairage sur ce que je considère aujourd'hui comme les « bénéfices » de la recherche de terrain en tant que femme et féministe, qui cherche à travailler avec d'autres femmes, qu'elles soient féministes ou non.

Lors de la préparation de mon terrain, et dans les premiers jours de celui-ci, j'avais plusieurs appréhensions. La première concernait la sécurité, autant la mienne que celle des participantes à la recherche. Les *favelas* de Rio de Janeiro sont nombreuses (près de 1000) et leur situation diffère énormément. Alors que l'une peut être sous le contrôle de *militias* (milices), l'autre peut être occupée par la police (ou dans le langage officiel : « pacifiée ») et l'autre d'à côté contrôlée par des narcotrafiquants… ou encore une *favela* peut être sous le joug de plusieurs de ces groupes et être carrément l'objet d'un conflit territorial. En outre, puisque je ne pouvais pas me rendre seule dans les *favelas,* ne sachant pas comment m'y déplacer (certaines sont de véritables labyrinthes) ou s'il s'agissait d'une bonne journée pour m'y rendre (car dans plusieurs *favelas* il peut y avoir régulièrement des échanges de tirs), je craignais d'avoir de la difficulté à recruter des femmes résidentes des *favelas* pour la recherche. J'avais absolument besoin d'une personne qui pourrait m'introduire dans ces quartiers.

Finalement, j'étais inquiète de savoir si, une fois que j'aurais rencontré ces femmes, elles voudraient me parler. La recherche les intéresserait-elle? Serait-elle importante, significative, pertinente à leurs yeux? Refuseraient-elles de me parler puisque je viens de l'extérieur?

A posteriori, je dois dire que malgré toutes ces préoccupations, plusieurs femmes ont finalement accepté d'embarquer dans le projet avec moi, que ce soit pour m'accorder une entrevue, pour participer à un « focus group » ou encore pour me permettre de faire de l'observation participante. J'ai eu la chance de rencontrer très tôt des personnes ressources, comme des chercheurs-es et militants-es qui m'ont donné accès à ces femmes.

Et dans plusieurs cas, selon ce qu'elles m'ont elles-mêmes affirmé, c'est réellement le fait que j'aie une perspective féministe et que je sois moi-même une militante qui a favorisé leur collaboration. Cet élément mettait d'une certaine manière les personnes en confiance que je fasse quelque chose de bien avec leur témoignage et que je respecterais les propos qui m'étaient confiés. Et en ce qui concerne plus précisément les participantes, plusieurs m'ont confié que c'était la première fois qu'on leur demandait de parler de leur expérience en tant que femme, plutôt que comme simple « résidente » de bidonvilles. Je crois que d'une certaine façon, c'était quelque chose de positif parce qu'elles sentaient que leur opinion était valorisée et je considère que cela donnait de l'importance à des phénomènes normalement naturalisés. À titre d'exemple, elles pouvaient raconter comment les échanges de tirs compliquaient leur vie quotidienne en tant que femmes qui doivent s'occuper de leurs enfants (aller les porter à l'école, faire les courses, sortir travailler et rester bloquer à l'extérieur de la *favela*) et leur famille, alors que ces éléments, mis à côté des morts et des blessés causés par les tirs, sont normalement peu remarqués, peu relatés et considérés de moindre importance. Toujours *a posteriori*, je suis aussi d'avis que ma « stature » d'étudiante en études féministes légitimait en quelque sorte ma participation à certaines activités, où je pouvais intervenir à titre « d'expert » sur certaines questions (avec modération, évidemment).

J'ai cherché à développer des relations de confiance avec les participantes à la recherche, car je voulais qu'elles se sentent à l'aise d'aborder tout ce qu'évoquait ma question de recherche pour elles. Je voulais aussi qu'elles soient en plein contrôle du message qu'elles enverraient sur la violence dans les *favelas*. Pour ce faire, j'ai tenté de discuter avec ces femmes avant l'entrevue, que ce soit par message ou lors d'une rencontre pré-entrevue. J'ai aussi tenté d'entretenir ce lien après la recherche, en continuant de leur envoyer des messages et en continuant à m'intéresser et à participer à leurs projets. Et c'est aussi la raison pour laquelle j'ai opté pour des entrevues sous la forme de « récits de vies » où je n'intervenais que très peu. Dans les « focus groups », la parole était aussi libre, afin de permettre des échanges ancrés et pertinents pour les participantes. Des documents récapitulatifs devraient aussi leur être envoyés après la rédaction du mémoire de recherche. J'avais à ce titre l'intention ferme que la recherche soit menée dans une certaine réciprocité, en redonnant aux participantes et à leur communauté une partie des bénéfices reliés à la conduite de la recherche (Tilley, 2016, p. 44).

Malgré ces quelques efforts, qui n'ont malheureusement pas été systématiques au cours de la recherche, j'aurais souhaité impliquer davantage les femmes, ancrant du même coup davantage la recherche dans des nécessités et perspectives locales. Les relations que j'ai développées avec ces femmes restent pour la plupart plutôt formelles, et je ne pense pas être arrivée – dans ce court 5 mois — à réellement développer des liens de confiance. En outre, malgré mon intention initiale de parler à des femmes « subalternes » qui ne peuvent normalement pas parler (Spivak, 2009 [1988]), de les « amener dans le discours », reste que le fait que je me sois présentée comme une femme féministe, qui fait de la recherche avec des femmes dans cette même perspective a créé un biais important dans ma recherche, car j'ai finalement rencontré une majorité de femmes qui avaient déjà cette sensibilité et qui avaient déjà, d'une façon ou d'une autre, une voix. En outre, le fait que j'aie de la difficulté à penser un « retour » pour les participantes et pour leurs communautés m'éloigne d'une relation de réciprocité et me rapproche malheureusement de la typique recherche académique où l'on m'a beaucoup donné et où j'ai peu donné en retour, m'inscrivant malgré mes bonnes intentions du départ dans une relation d'exploitation face à mes participantes. Ceci étant dit, je travaille fort sur les possibilités que j'ai encore à ce jour de rattraper mon retard sur la question de la réciprocité et puisque je compte continuer de travailler avec elles dans mes recherches doctorales, j'espère que je saurai planifier ma prochaine recherche pour que le retour soit assuré.

*Anne-Marie Veillette complète actuellement sa maîtrise en science politique à l'Université du Québec à Montréal (UQAM). Elle revient tout juste de son terrain de recherche de 5 mois à Rio de Janeiro où elle a rencontré de nombreuses femmes résidentes des *favelas* pour recueillir leur témoignage sur la question de la violence policière. Elle est également assistante de recherche au Département de Science politique de l'UQAM. **Email :** amveillette@gmail.com

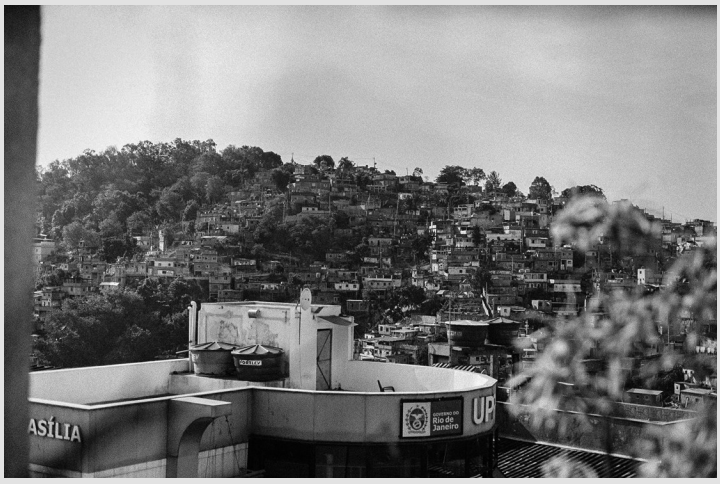
Bibliographie

Fleury, S. (2012). Militarização do social como estratégia de integração: o caso da UPP do Santa Marta. *Sociologias, 14*(30), 194-222.

Kergoat, D. (2009). Dynamique et consubstantialité des rapports sociaux. Dans Dorlin, E. (dir.), *Sexe, race, classe: pour une épistémologie de la domination* (p. 111-125). Paris : Presses universitaires de France.

Reinharz, S. (1992). *Feminist Methods in Social Research*. New York/Oxford : Oxford University Press.

Serra, C.H.A. et Rodrigues, T. (2014). Estado de Direito e Punição: a lógica da guerra no Rio de Janeiro. *Revista Paranaense de Desenvolvimento, 35* (126), 91-108.



Spivak, G.C. (2009 [1988]). *Les subalternes peuvent-elles parler?* Paris : Éditions Amsterdam.

Sprague, J. (2005). *Feminist Methodologies for Critical Researchers : Bridging Differences*. [Métho]. Oxford : AltaMira Press.

Tilley, S.A. (2016). *Doing Respectful Research: Power, Privilege and Passion*. Black Point : Fernwood Publishing.

Vargas, J.H.C. (2013). Taking Back the Land: Police Operations and Sport Megaevents in Rio de Janeiro. *A Critical Journal of Black Politics, Culture, and Society, 15*(4), 275-303.

Wilding, P. (2010). 'New Violence': Silencing Women's Experiences in the "Favelas" of Brazil. *Journal of Latin American Studies, 42*(4), 719-747.



Corporación Descontamina es una organización apartidista y sin ánimo de lucro que, fundamentada en el principio de noviolencia y en el precepto de que la realidad no es una determinación sino una construcción, dedica su accionar a descontaminar de violencia de la experiencia humana. Con este propósito desarrollamos acciones encaminadas a lograr una paz positiva, donde el conflicto y la diferencia se sirvan a la construcción de una sociedad equitativa y sostenible que, consciente de su interexistencia, busque su continuo mejoramiento.

DESCONTAMINA

Noviolencia y Construcción de Paz

www.descontamina.org
Síguenos en Facebook en:
www.facebook.com/Corporacion.Descontamina
Contacto: corporacion@descontamina.org